

Cuba, 1962: Los misiles que estremecieron al mundo

LUIS MOLLA Y JUAN CARLOS PASAMONTES

Periodistas

El mayor Rudolf Anderson Jr., de la Fuerza Aérea de Estados Unidos (USAF), pilotando un avión espía U-2, realizó un vuelo de reconocimiento fotográfico a alta cota sobre el área de San Cristóbal, al oeste de La Habana.

Desde el mes de agosto, la CIA poseía informes de exiliados, de sus agentes en la isla caribeña, y fotografías aéreas, de lo que deducía que la Unión Soviética estaba dispuesta a instalar *cohetes ofensivos* en aquella zona. En septiembre, John Mc Cone, director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), declaró que las plataformas de lanzamiento de cohetes SAM descubiertas en Cuba se estaban transformando en rampas para *missiles* de superficie-superficie, con un alcance de doscientas millas o más y que técnicos soviéticos ensamblaban las piezas de estos *missiles* n-28 en la isla.

Robert Mc Namara, secretario de Defensa, opuso resistencia a que vuelos de reconocimiento a poca altura verificaran los datos computados. Entre otras razones, como reveló más tarde Robert F. Kennedy en su libro *Trece días*, porque la mayoría de ellos eran presuntamente falsos y otros resultado de una confusión entre *missiles* tierra-aire y *missiles* tierra-tierra.

Otros datos, sin embargo, resultaron exactos. Especialmente dos: el de un ex empleado del Hotel Hilton, de La Habana, convencido de que se construía una instalación de *missiles* cerca de la zona sobrevolada por el mayor Anderson aquel domingo **14 de octubre de 1962**, y una conversación del piloto del presidente Fidel Castro Ruz -en tono jactancioso- sobre *los missiles nucleares que Rusia va a suministrar a Cuba*.

Las fotografías del U-2 de Anderson proporcionaron la primera evidencia de que los técnicos soviéticos preparaban el emplazamiento de *missiles* de alcance medio (MRBM) con capacidad nuclear. En los trece días siguientes, el mundo asistió a su crisis más aguda, al borde del holocausto nuclear. Las dos superpotencias estaban frente a frente.

1. La amenaza

Las fotografías presentadas por la CIA provocaron sorpresa y estupor entre altos funcionarios del Gobierno. Fue necesaria la presencia de técnicos, con sus mapas y punteros, para aclarar lo que se veía en ellas. Las fotos presentaban un claro en el campo, dispuesto, en apariencia, para construir una granja o los cimientos de una casa; el presidente John F. Kennedy incluso llegó a afirmar que parecía un campo de fútbol.

Tres días más tarde del vuelo del mayor Anderson, el 17, otro vuelo similar dio como resultado un nuevo descubrimiento de plataformas de lanzamiento para *missiles* balísticas de alcance intermedio (IRBM) en Guanajuay, al este de San Cristóbal, lo que aumentó el arco de la amenaza a 1.850 kilómetros más sobre el territorio continental estadounidense. El estudio fotográfico reveló la existencia de 16 a 32 instalaciones en condiciones de entrar en acción en un plazo de tiempo no superior a una semana.

El Servicio de Inteligencia de Estados Unidos calculó, asimismo, que los *missiles* con cabeza

atómica emplazados en Cuba tenían un potencial de aproximadamente la mitad de un ICBM de tipo corriente y, como las fotografías indicaban que éstos apuntaban directamente a determinadas ciudades americanas, se llegó a la conclusión de que si eran disparados morirían ochenta millones de norteamericanos.

Era una amenaza que la Administración Kennedy no estaba dispuesta a tolerar a ningún precio, tal como el propio presidente manifestó en sus comunicaciones epistolares con Nikita Kruschev, y muy especialmente el día 22 de octubre a lo largo de su discurso televisado a la nación.

Kennedy tuvo conocimiento exacto de la situación el día 16, a las 08.00 horas. *Estamos en un grave apuro*, comentó con su hermano Robert. Desde aquel momento, en el despacho oval de la Casa Blanca, y hasta la mañana del domingo 28 de octubre, se jugó con la vida de los americanos y de los soviéticos. También del mundo entero.

La primera decisión del presidente Kennedy fue crear un grupo de consejeros conocido como Comité Ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional, ExComm, compuesto en un principio por catorce personajes clave, entre los que contaba con Dean Rusk, secretario de Estado; Robert Mc Namara, secretario de Defensa; Robert F. Kennedy, fiscal general; John Mc Cone, director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA); Douglas Dillon, secretario del Tesoro; Mc George Bundy, consejero del presidente Kennedy para Asuntos de Seguridad Nacional; Theodore C. Sorensen, asesor de la Presidencia; George Ball, subsecretario de Estado; U. Alexis Johnson, subsecretario delegado de Estado; el general Maxwell Taylor, presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor; Edward Martin, secretario ayudante de Estado para América Latina; Charles Bohlen, sólo el primer día, pues partió a Francia a desempeñar el cargo de embajador y fue sustituido por Lewelyn Thompson como asesor en asuntos rusos; Roswell Gilpatric, secretario delegado de Defensa; Paul Nitze, secretario ayudante de Defensa, y, de modo intermitente, en diversas reuniones, el vicepresidente Lyndon B. Johnson; Adlai Stevenson, embajador ante las Naciones Unidas; Kenneth O'Donnell, ayudante particular del presidente, y Donald Wilson, director delegado de la Agencia de Información de Estados Unidos.

Los miembros del ExComm se mostraron divididos desde el comienzo de las deliberaciones, en las que no siempre participaba el presidente Kennedy. Ya desde el principio se barajó la idea del bloqueo. El secretario Mc Namara era el más decidido defensor de aquella postura, en contraposición a la del general Curtís LeMay, jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas, que, como portavoz de los miembros de la Junta de Jefes del Estado Mayor, insistía en la necesidad de un ataque militar o, en su defecto, un ataque aéreo preventivo que destruyese en una sola incursión los emplazamientos de los *misiles*. Robert Kennedy apreció que un ataque de aquellas características causaría como mínimo unas 25.000 bajas norteamericanas y -aseguraba el hermano del presidente- no existía garantía de que una sola incursión bastase para destruir todos los *misiles*.

A pesar de esta discrepancia entre McNamara y la Junta de Jefes, el secretario de Defensa dispuso los aviones, hombres y municiones necesarios para bombardear Cuba el martes 23 de octubre, si se tomaba finalmente la decisión. El plan inicial de ataque consistía en quinientas salidas contra todos los objetivos militares, incluidos emplazamientos de *missiles*, aeropuertos, puertos e instalaciones de artillería.

Mientras el presidente maduraba la acción disuasoria más adecuada contra la instalación de *missiles* soviéticos en territorio cubano y con el fin de mostrar una actitud decidida frente a la hipotética amenaza nuclear, Estados Unidos evacuó a la población civil de la base de Guantánamo, en Cuba, reforzándola con efectivos militares.

Se desplegaron fuerzas navales en el Caribe, se concentraron unidades aéreas, del Ejército y de la Infantería de Marina en Florida, y las fuerzas nucleares fueron puestas en estado de alerta. Finalmente, se tomó la decisión de establecer un bloqueo marítimo que evitara la llegada de más armas ofensivas, cohetes o bombarderos.

Probablemente, como afirma Hugh Thomas en su *Historia contemporánea* de Cuba,

contribuyeron a que Kennedy se inclinase por aquella postura los informes del servicio de espionaje sobre la hipotética inferioridad para afrontar el riesgo de una guerra nuclear, corroborados por la información del espía Penkovsky, arrestado en Moscú el 22 de octubre. En este mismo sentido se pronunció Richard Nixon, posteriormente presidente de Estados Unidos y siniestro protagonista del escándalo Watergate, cuando en su libro *La verdadera guerra* estimó una ventaja de quince a uno favorable a USA en materia de armas nucleares, lo que *permitió a Kennedy hacer retroceder a Kruschev*.

Kennedy hizo frente al asunto cubano desde una difícil condición psicológica. Sus predecesores en la Casa Blanca habían apoyado al Gobierno del dictador Fulgencio Batista conforme a la *doctrina Truman* (detener, contener o hacer retroceder al comunismo allí donde se encontrase). Además, cuando el líder demócrata llegó a la Casa Blanca recibió una herencia envenenada: la operación ya en marcha -organizada por la CIA- bajo la benevolencia del general Eisenhower-, que pretendía acabar por la fuerza con el régimen de Castro (invasión de Bahía Cochinos).

El fracaso de aquella operación pesaba como una losa sobre la nueva Administración. Cuba podía convertirse en una piedra colocada en el zapato del prestigio imperial de los Estados Unidos, si el flirteo entre cubanos y soviéticos terminaba en noviazgo oficial.

Ante la nueva orientación de la política de La Habana y la ayuda aportada por Moscú a la isla, la opinión pública norteamericana se excitó. El partido republicano se entregó con premeditación y alevosía a una campaña de prensa contra el Partido Demócrata de cara a las elecciones de *medio plazo* a celebrar el 6 de noviembre, y Kennedy se vio forzado a redoblar sus amenazas contra Cuba.

El fantasma de la invasión planeó una y otra vez sobre el territorio insular. El apoyo soviético aparecía entonces ante Castro como tabla salvadora. Ernesto *Che* Guevara viajó a Moscú y, al cerrar sus conversaciones, un comunicado del Kremlin anunció que Cuba había pedido más ayuda militar y que la Unión Soviética iba a proporcionársela, *teniendo en cuenta las amenazas de Estados Unidos*. Además, la URSS construiría en Cuba una nueva fábrica de acero y un puerto pesquero que costaría trece millones de dólares.

Sonaban ya los clarines de una confrontación Washington-Moscú con La Habana interpuesta como *medium* y, sin embargo, años más tarde, observadores de prestigio (entre ellos el profesor Rostow) concluirían que en aquellos momentos (estamos en septiembre de 1962) la amenaza norteamericana sobre la isla era más hipotética que real.

2. Frente a frente

Pero ¿qué ocurría al otro lado de la barrera? Nikita Kruschev cosechaba mieses agrias, tanto en el campo económico como en el diplomático (se habían hundido las expectativas creadas por el lanzamiento del *Sputnik*; la firmeza aliada alrededor de Berlín era incommovible, la aventura en el Congo ex belga se saldó con un fracaso, la OEA se cerró con un portazo ante las pretensiones de Castro; la Alianza para el Progreso era aún un proyecto con capacidad de crear ilusiones, y Kennedy tomaba de los franceses la antorcha del relevo en el sudeste Asiático).

Paralelamente, el desarrollo militar de la Unión Soviética se había producido en detrimento de su desarrollo económico -de forma especial en su vertiente agrícola- y Pekín imponía una suerte de *presión ideológica* que parecía abocar al Kremlin a una confrontación sin cuartel frente al *imperialismo estadounidense*.

El secretario general del PCUS necesitaba un éxito con que realzar su prestigio; afirmar su autoridad en el movimiento comunista internacional y reducir las presiones que sobre él ejercían los duros como el alemán Walter Ulbricht. El orondo Kruschev estaba obligado a reequilibrar la balanza del terror.

Kennedy había mostrado también flancos débiles (el muro estaba en pie, Bahía Cochinos

significó un grave revolcón...), y Krushev, púgil veterano, decidió plantarse con agresividad en el centro del cuadrilátero de la política internacional tan desafiante como cauteloso. Así, el 12 de septiembre, *Pravda* publicó una información según la cual la *Unión Soviética no necesita suministrar a ningún país, a Cuba por ejemplo, armamento alguno, destinado a rechazar agresiones y a lanzar ataques de represalia.*

Seis días antes, el embajador Dobrynin transmitía un mensaje personal de Krushev a Kennedy, en el que le aseguraba que antes de las elecciones para el Congreso de Estados Unidos la URSS no iniciaría acción alguna *capaz de complicar la situación internacional o de agravar la tensión en las relaciones entre nuestros dos países.* Un ejercicio de cierto cinismo que también presidió la entrevista mantenida entre John F. Kennedy y el ministro de Exteriores de la Unión Soviética, Andrei Gromyko, el miércoles 17.

La visita de Gromyko estaba concertada antes del descubrimiento de los *missiles* y el presidente norteamericano decidió no cancelada. Según reveló más tarde Bob Kennedy, el presidente dudó sobre cómo plantear el contenido de la entrevista y si era o no oportuno hacer llegar a los rusos que estaban al corriente del secreto. Como, por otra parte, el ExComm no había llegado a ninguna decisión respecto a la actitud a adoptar por Estados Unidos, el presidente optó por escuchar simplemente a Gromyko.

El ministro Soviético de Exteriores inició la conversación manifestando que Estados Unidos debía cesar en sus amenazas a Cuba. Afirmó también que Castro sólo quería la *coexistencia pacífica* y transmitió un mensaje de Krushev en el que se decía que la *única ayuda que recibía Cuba era para la agricultura y el mejoramiento del suelo, amén de una pequeña cantidad de armas defensivas.* Asimismo, y dada la publicidad que desde las páginas de los periódicos estadounidenses se hacía del asunto, le interesaba subrayar que la *Unión Soviética no suministraría jamás armas ofensivas a Cuba.*

Aquel mismo día 17 de octubre, en una declaración conjunta, Castro y el dirigente argelino Ben Bella pedían a Estados Unidos que abandonara la base de Guantánamo. Veinticuatro horas más tarde, el jueves 18 de octubre, la reunión del ExComm en el Departamento de Estado transcurrió por cauces de gran tensión. Agotado el tiempo, los asesores optaron por dividirse en dos grupos, que redactaron sus respectivas recomendaciones empezando por un bosquejo del discurso que el presidente debía dirigir a la nación. A primera hora de aquella -tarde, los dos grupos se intercambiaron los papeles para ser examinados, discutidos y enmendados. Gradualmente, fue saliendo un boceto de planes definitivos.

El grupo partidario del bloqueo presentó un esbozo sobre la base presuntamente legal de la acción, la convocatoria de una reunión de la Organización de los Estados Americanos, recomendaciones sobre actuación en Naciones Unidas, procedimientos militares para detener los barcos y, por último, las circunstancias que podían aconsejar el uso de la fuerza militar.

El plan de los partidarios de una acción inmediata comprendía un esquema de las zonas que debían ser atacadas, la defensa de la posición norteamericana ante Naciones Unidas, sugerencias para conseguir el apoyo de los países latinoamericanos y la propuesta de un mensaje a Krushev encaminado a persuadirle de la inconveniencia de cualquier maniobra militar contra Estados Unidos en el Caribe, en Berlín o en cualquier otro lugar del mundo.

3. Cuarentena selectiva

Una llamada telefónica al *Blackstone Hotel*, de Chicago, donde el presidente Kennedy se encontraba trabajando sobre la campaña electoral, le indicó que el ExComm estaba en condiciones de ofrecerle una sugerencia. Era sábado, 20 de octubre. A la 1.40 de la tarde, John F. Kennedy llegaba a la Casa Blanca. Antes de subir al despacho oval, cincuenta minutos más tarde, nadó un poco en la piscina. Tras la reunión con sus consejeros -dos horas y cuarenta minutos-, el presidente tomó, por

fin, la decisión: Estados Unidos llevaría a cabo un bloqueo.

El presidente llamó a su plan *cuarentena selectiva*. Kennedy estaba decidido a *esperar y ver*, y los soviéticos, obligados a asumir el riesgo del estallido de una guerra si decidían que sus barcos mercantes atravesasen la línea de bloqueo.

A la mañana siguiente, una última reunión. A ella asistió el general Walter C. Sweeney, Jr., comandante en jefe del Mando Aéreo Táctico. Su opinión vino a disipar cualquier duda en la decisión adoptada por el presidente norteamericano.

Sweeney dijo al presidente Kennedy que ni siquiera un importante ataque aéreo por sorpresa podría acabar con todas las bases de *missiles* y armas nucleares en Cuba. Por otra parte, y al decir de Robert Kennedy, en el ya citado *Trece días*, un ataque militar masivo por sorpresa *socavaría*, y *acaso destruiría, la posición moral de los Estados Unidos en todo el mundo*.

La justificación legal de aquella *cuarentena* se buscó en la carta de la OEA, que autorizaba a los Estados miembros a tomar *medidas colectivas para proteger la seguridad de América*. El 23 de octubre, Washington pidió y obtuvo la aprobación de la OEA por diez votos afirmativos, y con la abstención de Uruguay, debido a que su embajador en Washington carecía de instrucciones. Al mismo tiempo, Estados Unidos propuso al Consejo de Seguridad de la ONU que decidiera el desmantelamiento de las bases ofensivas, el traslado de los cohetes y los bombarderos a reacción, y la creación de un cuerpo de observadores de las Naciones Unidas que fueran a Cuba a garantizar aquellas operaciones.

La *cuarentena* implicaba la acción de dieciséis destructores, tres cruceros, un portaaviones antisubmarinos y seis barcos nodriza dispuestos formando un arco que iba desde Florida hasta más allá de Puerto Rico. Sus órdenes: inspeccionar, detener y, si era necesario, inutilizar (mejor que hundir) a todos los barcos soviéticos que se dirigieran a Cuba y pudieran llevar cabezas nucleares, cohetes aire-tierra o tierra-aire, bombarderos o equipo destinado a mantener este material.

Kennedy, además, ordenó a sus embajadores en Guinea y Senegal, donde hacían escala los aviones soviéticos que marchaban a Cuba, que solicitasen a los gobiernos de aquellos países que negaran el permiso de aterrizaje a la URSS durante la crisis y para evitar el envío de cabezas nucleares por vía aérea.

Guineanos y senegaleses accedieron a aquella pretensión y argumentaron que se oponían a las bases militares en territorio extranjero. Una postura que reflejaba el temor del mundo ante un enfrentamiento nuclear entre soviéticos y norteamericanos. Especial mención merece la decisión de Turé, uno de los líderes del movimiento de los países No Alineados y amigo personal de Fidel Castro.

El 22, Rusk comunicó al embajador soviético en Washington, Dobrynin, el contenido del discurso que horas más tarde pronunciaría el presidente Kennedy por radio y televisión a toda la nación. Dobrynin salió del despacho del secretario de Estado aparentemente impresionado. Tras constituir a su comité de asesores en Comité Ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional, de acuerdo con el Memorandum de Acción núm. 196 del Consejo de Seguridad Nacional y *para la dirección efectiva de las operaciones de la rama ejecutiva en la presente crisis*, el presidente Kennedy asumió la presidencia del Comité y por primera vez se reunió con los miembros de su Gobierno para hablarles del alcance de la crisis de los *missiles*.

También estuvo con los líderes del Congreso. Fue la sesión más difícil y la tensión enorme, porque la mayoría se mostraba contraria al bloqueo y reclamaba del presidente una actitud más enérgica y dura. John F. Kennedy, después de escuchar las críticas, explicó que tomaría todas las medidas necesarias para garantizar la seguridad de Estados Unidos y reiteró que aún no era necesaria una más vigorosa acción militar.

4. Dos mensajes

A las siete, Kennedy se dirigió al país para explicarle la situación creada en Cuba y los motivos del bloqueo. Estaba tranquilo y parecía seguro de haber escogido el mejor camino.

El presidente pasó revista a las posibilidades y anunció la línea de acción elegida: si la URSS no diera muestras a las 10.00 horas del 24 de octubre de estar decidida a desmantelar los emplazamientos de los *missiles*, se establecería una *línea de bloqueo* naval en torno a Cuba. Cualquier buque soviético, fletado por los soviéticos o perteneciente a un país de la Europa del Este que intentase atravesar la línea sería detenido, revisado y, en caso de que transportase pertrechos militares prohibidos, se le ordenaría volver atrás.

Kennedy subrayó que la súbita y clandestina decisión de los soviéticos de estacionar armas estratégicas fuera del territorio de la URSS constituía *un cambio injustificado y deliberadamente provocativo en el statu qua que no puede ser aceptado por este país*.

El presidente recalcó que su Administración no se arriesgaría innecesaria o prematuramente a los tremendos costes de una guerra nuclear de extensión mundial *en la ..que incluso los frutos de una victoria no serán más que cenizas en nuestra boca*.

Al final de su alocución, el presidente Kennedy se dirigió también al pueblo de Cuba, al que calificó de *cautivo*. Tras indicar que les hablaba como *un amigo*, diagnosticó que tanto él como el pueblo norteamericano habían visto con evidente tristeza *cómo se ha traicionado a vuestra revolución nacional y cómo vuestra patria ha caído bajo dominio extranjero*.

Kennedy atacó a los dirigentes cubanos tachándoles de *marionetas y agentes de una conspiración internacional que han hecho que Cuba se vuelva contra vuestros amigos y vecinos de ambas Américas, y han convertido a esa hermosa isla en el primer país latinoamericano probable víctima de una guerra nuclear... .*

El mensaje tenía suficientes claves como para explicar a los soviéticos que, a pesar de los términos de dureza y firmeza, Estados Unidos no quería ir a la guerra, a un holocausto. La última frase invitaba a la negociación: *nuestro objetivo no es la victoria del poderoso, sino la vindicación del bien; no es la paz a expensas de la libertad, sino más bien una meta de paz y libertad, aquí en este hemisferio, y confiamos en que en todo el mundo, con la ayuda de Dios, esa meta será alcanzada*.

En respuesta al discurso de Kennedy, Fidel Castro proclamó la movilización general y dos cohetes de medio alcance quedaron listos para entrar en funcionamiento. En la isla cubana se encontraban unos 20.000 soviéticos divididos en cuatro unidades de unos 5.000 hombres cada una (dos unidades junto a La Habana, una en el centro de Cuba y otra en el este) y disponían de modernos armamentos, aunque en Cuba todavía no se reconocían públicamente estos hechos.

Fidel Castro contestó al mensaje de Kennedy con otro dirigido a los cubanos. Habló durante una hora y cuarto, condenando la *piratería del presidente de Estados Unidos, a quien comparó con Henry Morgan, en contraste con Drake, que tenía indudables cualidades*. Repitió que Cuba no tenía *armas* ofensivas, sólo defensivas, y se negó redondo a permitir la entrada de los representantes de las Naciones Unidas -como había solicitado el presidente Kennedy- para que inspeccionaran la presencia o no de los *missiles* soviéticos.

Sus argumentos vinieron a coincidir con los esgrimidos por la Unión Soviética, en la primera respuesta oficial al anuncio del bloqueo marítimo por parte de Kennedy. Pero para entonces la crisis era ya cosa de dos y Castro jugaba únicamente de comparsa. También los aliados de Washington, que no fueron consultados.

El tiempo era oro. Y a toro pasado, Dean Acheson fue el encargado de intentar convencer al presidente francés, Charles de Gaulle, de la rectitud de la respuesta norteamericana y luego de tranquilizar al canciller Adenauer. John Diefenbaker, primer ministro de Canadá, fue el responsable de informar al resto de los aliados.

El 23, el equipo de asesores se reunía a las diez de la mañana con el presidente. Washington había dado el primer paso, no había sucedido aún nada irreparable y, contra lo que se pudiera prever,

Kruschev no puso en *estado de alerta* a las fuerzas soviéticas, en claro síntoma de que la postura del Kremlin quería alejarse de cualquier posible enfrentamiento armado.

En Cuba, los soviéticos sólo permitían la entrada a sus bases de *missiles* a su propio personal técnico y militar. No querían que la situación escapase a su control y soviéticos y cubanos colocaron sus aviones en hileras en los aeródromos cubanos, convirtiéndolos en blancos perfectos.

El presidente Kennedy dirigió una carta a Kruschev pidiéndole que acatara el bloqueo y le recomendó prudencia para no provocar *nada susceptible de hacer el control de la situación más difícil de lo que es en la actualidad*.

El mandatario soviético, a través de una contestación a Bertrand Russell, sugirió que se celebrara otra conferencia en la cumbre y prometió que su Gobierno no sería temerario y haría *todo lo posible para evitar la guerra*.

Mientras, Robert Kennedy se entrevistó con el embajador soviético Dobrynin, en su despacho del tercer piso de la embajada. Tras la reunión visitó a su hermano en la Casa Blanca y charló con el embajador Ormsby-Gore, de Gran Bretaña, un viejo amigo de la familia Kennedy, quien expresó su preocupación por el hecho de que el bloqueo se extendiera a ochocientas millas, porque significaba el peligro de entrar en contacto con algún buque a las pocas horas de establecido aquél.

Tras la conversación, Kennedy decidió reducir la distancia quinientas millas: el miércoles, 24 de octubre, quedó establecido el bloqueo...

5. Momentos críticos

Los barcos rusos seguían avanzando a pesar de la actitud conciliadora de Kruschev y se informó que tras los barcos de carga navegaban submarinos soviéticos. En el curso de la mañana los navíos alteraron su rumbo o se detuvieron en el mar.

Empezaba uno de los momentos más críticos de aquellos trece dramáticos días. Robert Mc Namara manifestó que 25 buques soviéticos continuaban navegando hacia Cuba. El Consejo de la OTAN se encontraba prácticamente en reunión continua.

U Thant, secretario general de la ONU, pidió a Kruschev que no enviase más armas y a Kennedy que suspendiera el bloqueo marítimo durante dos o tres semanas para, seguidamente, iniciar negociaciones en busca de un acuerdo. Egipto condenó el bloqueo de Cuba y pidió que se pusiera fin a la política de intervención.

Pasaban pocos minutos de la diez. Mc Namara anunció que dos barcos soviéticos, el *Gagarin* y el *Komiles*, se encontraban a escasas millas de la barrera norteamericana. La intercepción de ambos barcos se produciría, probablemente, antes del mediodía, hora de Washington.

Un informe de la Armada explicó que un submarino soviético había tomado posiciones entre ambos barcos. En un principio, estaba planeado que un crucero abordara los navíos, pero, a última hora, se resolvió que fuera un portaaviones apoyado por helicópteros provistos de equipo antisubmarino.

El *Essex*, pues, tenía que ordenar al submarino, por medio del sónar, que emergiese a la superficie y se identificase. Si se negaba, las fuerzas aeronavales estadounidenses tenían órdenes concretas de lanzar cargas de profundidad de poca potencia hasta que el submarino saliese a flote.

Los segundos -se dijo entonces- avanzaban con desesperante parsimonia, cuando... a las 10.25, un ordenanza facilitó una nota a John Mc Cone, el director de la CIA: seis barcos que se dirigían a Cuba se habían detenido al borde del bloqueo o regresaban a la Unión Soviética. Al poco rato se ampliaron los datos: los veinte navíos soviéticos más próximos a la línea divisoria establecida por los norteamericanos se habían detenido, permaneciendo inmóviles, o regresaban a puerto. Rápidamente el presidente Kennedy ordenó al *Essex* que les dieran todas las facilidades y que no hiciera nada que pudiera poner en peligro la ya de por sí difícil situación.

El peligro no había desaparecido, porque los demás navíos seguían adelante. El que más

preocupaba a Estados Unidos era un buque cisterna llamado *Bucharest*. Le dejaron pasar, aunque barcos de guerra americanos le siguieron a una distancia prudencial. En aquel momento se dirigía a la isla a una velocidad de 17 nudos, por lo que había que decidir si lo detenían o no antes de anochecer.

Mientras tanto, Adlai Stevenson, en una sesión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, se enfrentó violenta y públicamente con el embajador soviético V. A. Zorin. Esgrimiendo unas fotografías de las bases de los *missiles* instalados en Cuba, preguntó a Zorin si era verdad o no que su país estaba armando con potencial nuclear al régimen de Castro.

-¿Niega usted, embajador Zorin, que la URSS ha instalado y está instalando misiles de alcance medio y rampas de lanzamiento en Cuba? ¿Si o no? No espere la traducción: ¿si o no?

-No estoy ante un tribunal americano, señor, y, por consiguiente, me niego a responder a una pregunta formulada en un tono de fiscal. A su debido tiempo, señor, recibirá la respuesta.

Aquella noche, el presidente Kennedy decidió que el *Bucharest* prosiguiera su viaje a Cuba y otro barco de pasajeros seguiría el mismo destino, porque era imposible que transportara cohetes ni nada parecido.

El viernes 26 no hubo ningún cambio en la postura soviética o cubana, y Kennedy ordenó que se hiciera un *programa fulminante de gobierno civil para Cuba... para después de la invasión*.

En la mar, el primer barco inspeccionado fue el *Manuela*, de bandera panameña, que se dirigía a Cuba fletado por los soviéticos. Un buque de construcción americana y matrícula de Líbano que había partido desde el puerto báltico soviético de Riga. Los titulares de *Pravda*, a pesar de la acción norteamericana, fueron notablemente prudentes aquella mañana.

6. Miedo a la guerra

A mediodía, los soviéticos hicieron la primera propuesta positiva de compromiso, a través de un curioso intermediario: Alexander Fomin, agregado de la embajada soviética en Washington, y de un reportero de la cadena de televisión ABC, John Scali. ¿Interesaría a Estados Unidos prometer no invadir Cuba a cambio de que la URSS retirase los cohetes bajo la inspección de la ONU?

Scali se lo consultó a Hillsman y a Rusk, y más tarde comunicó a Fomin que Estados Unidos consideraba que la idea ofrecía *verdaderas posibilidades*. Poco después, Kennedy recibía una carta de Krushev en la que reiteraba la propuesta. Eran las seis de la tarde.

El mensaje del máximo mandatario de la Unión Soviética se refería a los muertos, a la destrucción y a la anarquía que una guerra nuclear ocasionaría a su país y a toda la humanidad. Y esto -lo repetía una y otra vez con diferentes palabras- tenía que evitarse.

La Unión Soviética, decía Krushev, había enviado cohetes a Cuba a raíz de Babia de Cochinos; eran defensivos, y si Estados Unidos prometía no invadir Cuba, ya no serían necesarios. *Esta es mi proposición*, añadía. *No más armas a Cuba, y retirada o destrucción de las allí existentes; ustedes, por su parte, levantarán su bloqueo y se comprometerán a no invadir Cuba.*

El mensaje fue estudiado una y otra vez por el ExComm, durante una reunión que mantuvo en la madrugada del viernes 26 al sábado 27 de octubre. Tras la misma, el presidente Kennedy se mostró, por primera vez durante toda la crisis, esperanzado.

Antes que el presidente Kennedy tuviera tiempo de contestar a esta carta, ese mismo día llegó otra del Kremlin, en la que sorprendentemente se cambiaba el trato, recogiendo la idea lanzada por *The Times*, de Londres, y repetida por Walter Lippman en el *New York Herald Tribune* el 25 de octubre, de que Estados Unidos evacuase sus bases de cohetes de Turquía. Además, Krushev aseguraba a Kennedy que los cohetes que ya había en Cuba estaban completamente bajo control soviético.

Por primera vez, la URSS reconocía formalmente que había cohetes de Cuba. Por otra parte, aunque el presidente Kennedy rechazó la idea, desde hacía tiempo dudaba sobre la rentabilidad de

los *missiles* Júpiter emplazados en territorio turco y en Italia. Incluso había solicitado del Departamento de Estado que entablara negociaciones para su remoción.

Para aumentar la impresión de inquietud y mal augurio, el secretario Mc Namara aportó nuevas pruebas de que los soviéticos trabajaban día y noche en Cuba, intensificando sus esfuerzos en las bases de *missiles* y en el montaje de los *IL-28*. Así empezaron las veinticuatro horas más difíciles de la crisis.

Tras la segunda carta, llegó la noticia de que un U-2 había sido derribado sobre Cuba por un cohete SAM y de que otro U-2, de modo accidental, se había desviado de su ruta y sobrevolado la URSS, corriendo el riesgo, como dijo más tarde Krushev, de que lo confundieran con un bombardero nuclear.

La casualidad quiso que el piloto del avión derribado no fuera otro que el comandante Rudolf Anderson Jr., de Carolina del Sur, uno de los dos pilotos de la *Air Force* que había realizado los primeros vuelos de reconocimiento sobre suelo cubano y quien descubriera, el 44 de octubre, las rampas de lanzamiento sobre el área de San Cristóbal, al oeste de La Habana.

El nerviosismo se desató entre el presidente F. Kennedy y sus consejeros más inmediatos. Al conocerse la noticia, había casi unanimidad en la opinión de que Norteamérica debía atacar por la mañana, temprano, con bombarderos y cazas, y destruir las bases de los SAM. El incidente debía tener una respuesta, pero tras largas discusiones, John F. Kennedy volvió a decidir no atacar..., al menos, por el momento.

El Departamento de Estado presentó un proyecto de respuesta del presidente norteamericano a Krushev. En él se refutaban los argumentos de la última carta del dirigente soviético y se afirmaba que Estados Unidos no podía retirar los *missiles* de Turquía y que no estaba dispuesto a ningún tipo de cambalache o trueque.

Robert F. Kennedy se mostró contrario al tono y contenido de la carta. Propuso que se obviase el segundo mensaje de Krushev y que tan sólo se diera respuesta a la primera carta, la del día 26. Ted Sorensen apoyó la idea del fiscal general.

La contraoferta norteamericana quedaría establecida en los siguientes términos: la URSS retiraría de Cuba los *missiles* y las armas ofensivas bajo la inspección y comprobación de una delegación de Naciones Unidas y Estados Unidos y todo el hemisferio occidental se comprometían a no invadir Cuba.

La jugada dio resultado. En las primeras horas del 28 de octubre, el Kremlin manifestó su disposición a retirar los *missiles* de Cuba tan pronto como Estados Unidos se comprometiese a desmovilizar sus fuerzas de invasión.

Nada más conocer la noticia de que la URSS aceptaba las condiciones norteamericanas, el presidente Kennedy telefoneó a los ex presidentes Truman y Eisenhower. El 29 de octubre de 1962, el presidente Kennedy levantó el bloqueo durante dos días, con motivo de la visita del secretario general de la ONU, U. Thant, a Cuba.

En Washington, Kennedy acogió con satisfacción la decisión de Krushev, *digna de un estadista*, y evitó cualquier mención a las palabras *capitulación* o *humillación*, aunque tampoco mencionó la promesa que había hecho de no invadir Cuba a cambio.

Castro aceptó la decisión del Kremlin, pero se negó a la entrada de supervisores de la ONU. Krushev no consultó a Fidel Castro, y éste se enteró de la noticia mientras estaba hablando con *Che* Guevara. Lanzó una maldición, dio una patada contra la pared y rompió un espejo.

Bibliografía

Antonio Coll Güabert. *Recordando a los Kennedy*, El Noticiero, Zaragoza, 1972. Lyndon B. Johnson, *Memorias de un presidente*, Dopesa. Barcelona, 1971. John F. Kennedy, *Trece días*, Plaza y Janés, Barcelona, 1971. *El deber y la gloria*, Broguera, Barcelona, 1966. Richard Nixon. *La verdadera guerra*, Planeta,

Barcelona, 1980, págs. 180 y 284. W. W. Rostow, *The diffusion of power*, The Mac Millan Company. New York, 1972. Hugh Thomas, *Cuba or the pursuit of freedom*, Eyre and Spottiswoode Ltd.. Londres. 1971.